

PEDAGOGÍA

La educación

La educación y la enseñanza se completan.

Educando tan sólo obtendremos individuos capaces de obrar por sí mismos en cualquier sentido, pero sin los conocimientos necesarios para dirigir acertadamente sus actos.

Enseñando únicamente obtendremos seres muy instruídos, quizá muy inteligentes pero que, regularmente, obrarán de modo distinto á como piensan porque sus cualidades morales y sus sentimientos no se habrán cultivado al par y en armonía con su cerebro.

Educar es formar los caracteres, lo cual en lenguaje libre y racional no quiere decir que sea hacerlo con arreglo á un patrón fijo, sino sobre la base de las inclinaciones y rasgos naturales del educando. La misión del educador debe, á mi juicio, consistir en desarrollar en aquél la voluntad, el hábito de la sinceridad y el espíritu de iniciativa. He aquí las tres cualidades que yo considero como la piedra angular de toda individualidad bien cimentada.

El desarrollo de la voluntad y de la iniciativa propias trae aparejado el amor á la actividad, al trabajo. El hábito de la sinceridad presupone el amor á la verdad.

En el orden de las tendencias malas que es conveniente atajar desde un principio podemos incluir la pusilanimidad, la malicia, la vanidad y la envidia: las mejor indicadas para corregirlas son, respectivamente, la confianza en sí mismo, la pureza de las intenciones, la apreciación justa y serena de nuestras cualidades y acciones anterior á toda ostentación, y por último, la emulación franca y leal unida al esfuerzo continuo por perfeccionarse.

En cuanto á las pasiones violentas, como la cólera y el odio, que ofuscan

la razón y desarrollan la impulsividad animal, es necesario corregirlas por la presencia de ánimo indispensable para discernir con claridad la reparación adecuada á las injusticias y excesos de nuestros semejantes, y con la firmeza de carácter para mantener la verdad, desvanecer un error y combatir una mentira ó un prejuicio, sin ceder jamás ante las solicitudes de la amistad más estrecha ó del afecto más puro.

De lo expuesto se desprende que lo que nosotros entendemos por educación tiene por objeto la formación de individuos sinceros, emprendedores y activos, decididos sin temeridad, reservados sin perfidia, sencillos sin afectación, ambiciosos sin bajeza ni mezquindad, y por último, sociables sin doblez ni hipocresía.

En lo referente á la enseñanza comenzamos por decir que no basta saber lo que hay que enseñar al niño, cómo y cuándo. Lo primero que hay que hacer es desarrollar en él las disposiciones necesarias para que se asimile bien lo que le enseñen. Tales son, entre otras, la atención á lo que observe, lea ó le expliquen y la curiosidad, bien entendida, que no se contenta con saber la existencia de las cosas, sino que busca el conocer sus causas y efectos.

Hay que habituar al niño á que pregunte, observe é indague hasta desvanecer sus más pequeñas dudas. El tipo del escolar que se trata de crear en la moderna escuela no se parece en nada al de hasta hoy, que sólo sabe, y no es culpa suya sino de sus maestros, repetir como un papagayo todo lo que lee en los libros de texto ú oye de labios de sus preceptores y aporta siempre el testimonio de unos y de otros como infalible. En la Escuela Moderna, por el contrario, es el alumno quien